



NÚMERO SUFICIENTE 15 CENTIMOS.

Madrid y Provincias. — Mes, 1 peseta; Trimestre, 2.50; Semestre, 5; Año, 10 — Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 25 céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demás principales.

REORGANIZACIÓN O MUERTE

Ya está desquiciado todo en el partido republicano. Reclamo orgullosamente la parte que en ello me corresponda.

Desde que, por el conocimiento de los hombres y de las cosas me convencí de que no íbamos a la República por los caminos que seguíamos, me propuse trabajar sin descanso hasta que llegásemos al desquiciamiento. Si lo he hecho bien ó mal, dígame el resultado.

Estábamos viviendo hacia muchos años de la farsa y de la mentira, procedimiento seguido por todos los poderosos que vienen á menos. Sin creer que podíamos hacer la revolución, la proclamábamos; sin creer en la eficacia de la lucha legal, cantábamos sus excelencias. Vanidosos y embusteros.

El sainete ha concluido; felices nosotros si la patria nos perdona sus muchas faltas.

Seguiremos todavía durante algún tiempo agitándonos en el pantano de mentiras en que nos hemos revolcado; podremos encontrar infelices que aún las crean; discutiremos un poco más sobre si Juan es mejor ó peor que Pedro. No por eso dejará de ser una verdad que los moldes de los antiguos partidos están rotos.

¿Por culpa de quién? Por culpa de todos. También en esto reclamo mi parte de responsabilidad.

Lo ocurrido es de una tristeza abrumadora.

Nos embarcamos para reconquistar la República al mando de tres renombrados capitanes: Pi, Salmerón y Zorrilla.

Las ilusiones corrían parejas con las esperanzas: el entusiasmo con los alientos varoniles; así es que no dudábamos del favorable éxito de la expedición.

Íbamos en el buque muchos republicanos, algunos de gran prestigio, esforzados militares y Pueblo dispuesto á todo. ¿Como dudar del resultado?

Los capitanes comenzaron á no estar de acuerdo en el rumbo que debía seguir el buque, y los soldados nos dividimos poniéndonos unos á la devoción de éste, otros á la de aquél.

Muchas veces se echó el ancla por efecto de esa división. Parado el buque, la discordia se acentuaba.

Los militares se disgustaron, y hoy unos, mañana otros, fueron tomando tierra en las islas de la Monarquía. En las de la Anarquía y el Socialismo se fué quedando gran parte del Pueblo.

Dos ataques se dieron á la Monarquía sin plan y sin unidad, y en ambos fuimos derrotados. Debía ser así, y así fué.

El Pueblo, una vez tomado partido por uno ó otro de los capitanes, entabló entre sí lucha feroz, sin piedad, sin cuartel... Cain se quedó en mantillas.

Guerras civiles ha habido muchas entre los españoles, pero no han sido inferundas como esta. En la conquista de América, la epopeya más grande de los siglos, los españoles se combatían, pero avanzaban; sobre sus huesos levantaban un mundo para su patria; con su sangre regaban el árbol de la civilización.

Nosotros, en cambio, nos combatimos sin grandeza, sucumbimos sin gloria: sobre nuestros huesos no se levantará más que un farrago inútil de programas, manifiestos, circulares, telegramas de felicitación, menús de banquetes; papel, mucho papel; y en vez de sangre, sólo podremos ofrecer al desprecio de las generaciones venideras, tinta, mucha tinta.

Y á todo esto el buque sin avanzar una braza; los capitanes cada vez más enconados entre sí; sus partidarios respectivos cada vez más intransigentes; anatematizados los que queremos que esta situación vergonzosa acabe...

Y devorándonos unos á otros con desesperación de hambrientos, con furia de canibales... Los que comenzamos la travesía cantando el himno de la victoria, que creíamos segura, nos alimentamos ya de los cadáveres de los compañeros.

Esta es la verdadera situación; el que trate de ocultarla, es que procura continuar engañándonos, ya que engañarse él es imposible.

Y en tal estado ¿qué hacer? O llegar á una reorganización completa, ó morir para la vida política. La idea no morirá, pero nosotros quedaremos completamente anulados.

Hagamos la última tentativa para ver si podemos librarnos de la muerte. Venga el señor Zorrilla á España; reinan los jefes, llevando cada uno cinco hombres de los más importantes de sus respectivos partidos; discutan, no programas, no procedimientos, sino el medio de levantar el espíritu republicano, hoy casi exánime. Si encuentran ese medio, háganlo público; y sino, hagan público sin embajes ni rodeos los que los separa, para que sepamos de una vez á qué atenernos y cada cual tome el camino que más le cuadre; unos el de pelear aisladamente contra la monarquía; otros el de retirarse á sus casas; otros el que mejor les parezca; que todo es preferible á mantener esperanzas irrealizables, á fomentar odios irreductibles, á dar savia á la monarquía con nuestras divisiones.

Y valdría más el partido republicano apartado, silencioso, purgando sus errores en la sombra, pero digno, y severo, y noble, que bullendo y gritando, gárrulo y declamador, sin fe en el pecho ni verdad en el labio, coreando pasiones de los altos, sacando de la oscuridad á los osados y sonrojándose por las faltas de los que lleva á las corporaciones administrativas.

JOSÉ NAKENS.

YO Y ESOS

Y yo decía:

— Por el camino que vamos, corremos á la muerte.

Y esos, los del coro de idólatras, contestaban:

— ¡Viva Pi! ¡viva Salmerón! ¡viva Zorrilla!

Y yo continuaba:

— Esos hombres son inhábiles para traer la revolución.

Y esos respondían:

— ¡Son sabios, son ilustres, son eximios!

Y yo añadía:

— No tenemos recursos para hacer un movimiento. Con diez céntimos semanales que diese cada republicano, reuniríamos millones en un año.

Y esos contestaban:

— ¡Celebremos banquetes, pronunciemos discursos, cubramos de flores y de palomas á los jefes!

Y yo proseguía:

— El ejército nos abandona. Hagamos algo para atraerlo.

Y esos vociferaban:

— ¡Los jefes tienen generales, y regimientos, y divisi-
visiones! El pueblo se basta y se sobra.

Y yo insistía:

— Que el tiempo pasa, que las masas se nos separan, que vamos á la muerte.

Y esos gritaban:

— ¡Abajo los traidores, los que ayudan á la monarquía, los aspirantes á jefaturas!

Y hoy que todo está roto, deshecho y en peligro de muerte, y hay jefes que reconocen ya lo que yo veía claro hace cuatro años, y no tenemos un militar que nos ayude, ni un céntimo para comprar un fusil, ni el pueblo acude ya á las elecciones, ¿qué dicen todos esos vociferadores de oficio, todos esos conspiradores de ópera cómica, todos esos gozquecillos que los jefes azuzaban contra los que querían poner con tiempo remedio á los males que ya todos confiesan?

Cuando pienso en algo de lo que ha pasado en estos últimos años de farsa, siento deseos de escupir; mas no lo hago por temor á que, si se disputasen mi saliva todos los que tienen perfecto derecho á recibirla en la cara, se promoviese un motín formidable que tuvieran que apaciguar los barrenderos.

¡ADELANTE!

¡Decir verdades! Perfectamente, Sr. Pi. Es mi sistema; sólo que yo las digo siempre, y usted únicamente cuando le conviene.

Por si quiere usted seguir diciéndolas, que lo dudo, voy á apuntarle algunas ideas para que las desarrolle.

La primera, y para que no se crea que es usted de los de justicia y no por mi casa, es que diga á los suyos que en sus manos se ha deshecho el partido federal; que apenas le quedan una docena de hombres importantes; que lo del pacto sólo fué una idea de venganza, abandonada en cuanto la vió satisfecha; que ha roto usted las uniones por perturbar, y que na inventado lo del partido único para seguir perturbando.

Diga usted después al partido republicano que, cuando fué concejal últimamente, no trabajó por la moralidad en el ayuntamiento, ni dijo á los monárquicos, con datos por supuesto, que sus concejales se estaban comiendo al pueblo de Madrid; lo cual hubiera sido una verdad como un templo.

Y asegure usted á la vez al partido, que ha callado muchas verdades á la monarquía pudiendo habérselas dicho sin riesgo desde su escaño de diputado.

Cuando baya desarrollado esas ideas le apuntaré otras.

Y ¡viva la verdad!

LA VUELTA DEL SR. ZORRILLA

Al correligionario que me escribe diciéndome que mal puede el Sr. Zorrilla decidir su vuelta á España cuando periódicos como *El Diluvio*, de Barcelona, se oponen á ello en términos bastante duros, mientras El Morix se la aconseja, le contesto:

Si el Sr. Zorrilla se cuida sólo de su persona y de su nombre, no debe venir. Mejor parece desterrado y vencido en el extranjero, que libre en su patria sin haber triunfado.

Pero si, como muchas veces ha dicho y como debe

hacer todo político, pone la patria y la República sobre sus particulares conveniencias, debe venir sin perder un momento.

Allí trabaja sólo para sí; aquí trabajaría para todos. El estado actual de la política republicana reclama imperiosamente su presencia.

Y si quiere ejemplos de que el político debe sacrificarse por la idea que representa, voy á recordarle uno que he citado muchas veces y que el Sr. Zorrilla no podrá recusar: el de aquel Danton que decía en una situación difícil:

«Perezca mi nombre en la infamia y sálvese la patria.»

Si hubiese dicho: *antes yo que la patria*, no le habría levantado Francia la estatua que acaba de levantarle.

Y téngase en cuenta que en la vuelta del Sr. Zorrilla no podría haber ni sombra de sospecha de infamia. Habría solamente esta honrosa confesión: *me he equivocado: ó esta otra: no me han ayudado y por eso he vuelto.*

Como hay victorias que avergüenzan, hay vencimientos que honran, y el del Sr. Zorrilla sería uno de ellos.

Queda complacido el estimado correligionario que me ha escrito acerca de este asunto.

Tengo desgracia y suerte en política. Desgracia, porque cuando propongo cualquier cosa, ningún republicano me apoya; suerte, porque al cabo de algún tiempo, casi todos la aceptan.

La Unión Republicana, de Pontevedra, propone ahora que se alisten los republicanos por gremios, y se nombren juntas municipales, provinciales y central para que recauden fondos, dando cada republicano diez céntimos al mes, con lo que se reunirán algunos millones al cabo del año.

Si se hubiera intentado cuando yo lo propuse, nos sobraría dinero para todo, absolutamente para todo.

Pero, en fin, más vale tarde que nunca. Si bien debo declarar que quizás haya pasado ya el momento de intentarlo con probabilidades de éxito. ¡Ha decaído tanto el espíritu republicano de tres años á esta parte!

LOS JURADOS

Nadie me lo ha contado, lo he visto; y en verdad que no lo creyera sin verlo.

Nombrado por primera vez en mi vida jurado en la sección tercera de esta Audiencia, concurrí el día 27 de Septiembre á la sala. No nos reunimos los 28 jurados que la ley marca, y el juicio se suspendió.

Sentí una emoción profunda al ver retirarse al reo para ingresar en la cárcel de nuevo.

Había allí algo deficiente, algo injusto que no sabía explicarme; un jurado dijo que las citaciones se habían hecho mal, por el interés que tienen los jueces en desacreditar la institución, y acepté la idea y hasta lancé mis pullitas á los jueces.

Acudí el día 29, y ocurrió lo mismo. Del nuevo sorteo se habían excusado nueve jurados, y otros no habían concurrido. Me ocurrió con el reo lo que con el anterior, y más cuando su defensor dijo que aquella era la tercera vez que el juicio de aquel desdichado se suspendía por la misma causa.

Aquello era una iniquidad con honores de infamia; ¡un año más de prisión preventiva para un hombre que podría resultar inocente, año del que sólo se le contaría medio en el caso de ser culpable! Ya no me atreví á echarle la culpa á los jueces, pues veía claro que la tenían exclusivamente los señores jurados.

El jueves, 4, concurrí á otro juicio. Eran dos los reos, estaban también en la cárcel, y tampoco nos reunimos los jurados que marca la ley. ¡Fue un momento terrible! Aquellos dos hombres preguntaban con ansiedad si no podían prescindir del Jurado. A la salida esperaban sus familias, y los testigos... ¡Qué de quejas! ¡Cuántas recriminaciones! Y aun eran pocas.

El presidente de la Sala impuso cincuenta pesetas de multa, el máximo, á cada uno de los jurados que faltaron. ¡Oh! La ley es muy benigna en esto. Debería por lo menos imponer al que no acudiese á un juicio sin causa muy justificada, quinientas pesetas de multa, la mitad para el reo, y la pena de que hiciese compañía á éste en la cárcel todo el tiempo que se tardara en celebrar nuevo juicio.

Se necesita una falta de sentido moral muy grande para consentir que un hombre permanezca en la cárcel tres ó cuatro meses más de lo que debiera, por no tomarse la molestia de acudir tres horas á juzgarle. Por esta razón no se cometería ninguna injusticia haciendo lo que he propuesto: encerrar al jurado en la misma prisión que el reo.

Hay que evitar que tales cosas puedan ocurrir. Esto de que se prolongue la prisión de un reo un año,

ni un mes, ni siquiera un día porque á unos caballeros particulares se les antoje no molestarse, es contra todo derecho, contra toda ley, contra toda justicia.

Cuando se piensa en lo que se ha declamado contra los abusos de la magistratura, y lo que podría ser el Jurado bien ejercido, indigna el ver la apatía y la indiferencia con que el pueblo lo mira; tanto, por lo menos como duele el convencerse de que los sacrificios más grandes resultan estériles ó contraproducentes cuando los favorecidos no saben ó no quieren apreciarlos.

Y hay otra cosa que duele más que esa; el no poder defendernos de los ataques de los reaccionarios sino con sofismas, cuando argumentan con hechos tan incontrovertibles como este de la resistencia del pueblo á constituir el Jurado.

JOSÉ NAKENS.

ILUSIONES ENGANOSAS

Nuestro ilustrado colega *La Izquierda Dinástica*, dice á propósito de la desestimación de la querrela presentada por el Sr. González Fiori contra el ya célebre D. Venancio, que *confía en la rectitud y justificación de los tribunales, y que la verdad se impone al cabo y al fin, mal que le pese á los interesados en oscurecerla.*

La verdad *verdad*, sí; pero lo que es la verdad *legal*... En fin, el tiempo dirá.

Según mi leal saber y entender, ocurrirá esto: que el exministro vivirá tranquilo hasta que le llegue la hora de rendir cuentas (no las del Pósito, sino las otras, esas que nadie puede dejar de rendir por más personaje y más Venancio que sea); que momentos antes de morir se pondrá bien con Dios, confesará y comulgará como un bendito y hasta recibirá la bendición papal; y que una vez provisto de todo esto, emprenderá el camino del cielo.

Y ¡quien sabe si mañana, á imitación de lo que hacen ahora con el padre Claret, en quien nadie sospechó nunca condiciones de santo, no habrá algunos amigos que influyan con Roma para su beatificación, y no figurará en los almanaques del siglo próximo de este modo!

«San Venancio del Pósito, mártir de Lillo. Sufrió persecución del Diocleciano del siglo pasado, González Fiori.»

Que á sorpresas parecidas nos tiene acostumbrados la tradición.

¡Y tendrá que ver don Venancio en el cielo y los pobres de Lillo en el infierno por haber muerto maldiciendo de la justicia humana y de la divina!

Hay que decir con Pangloss: «Todo está bien arreglado en el mejor de los mundos posible...»

Para los Venancios.

LO DE PUERTO RICO

Gran escándalo se ha armado con la denuncia hecha valiente y concretamente por *La Correspondencia Militar* contra el general Dabán por el fabuloso negocio que se está haciendo en Puerto Rico con los duros mejicanos.

De todos los comentarios que la prensa ha hecho, ninguno más sustancioso que este de *La Justicia*:

«Lo que es sensible es que la prensa no se fije en el hecho indudable de que la casa denunciada por nuestro colega *La Correspondencia Militar*, como comprometida en el comercio de moneda en Puerto Rico, es la que representa, en San Juan de Puerto Rico, á la Compañía Transatlántica.»

La Compañía Transatlántica es, como saben nuestros lectores, la que representa el beato Claudio López (Comillas), el *padre de familia*, el que se gastó una porción de millones en la peregrinación última á Roma, el que tiene más bendiciones de papas y obispos que *pescados hay bajo la mar así*.

Pero ya veremos como no pasa nada, pues resultará que ni hay duros mejicanos en Puerto Rico, ni representante de la Compañía Transatlántica, ni capitán general, ni isla siquiera.

Así, que no se regocijen los lilas creyendo que se ha descubierto un gran fraude ni que se verá á nadie en presidio por él. La tradición es una cosa muy respetable en España y no se interrumpirá en este punto la tradición.

EL LEGADO DE IGAREDA

El Pueblo, de Cádiz, continúa su campaña en contra del Sr. Calvo y Valero, actual obispo de aquella diócesis. Al artículo que publica en el número correspondiente al 20 de Septiembre pertenecen estos párrafos:

«Lo que está pasando en este asunto, es escandaloso y epugnante; raya en lo incomprensible.

Un indigno obispo, el de Cádiz, tiene usurpados doscientos mil duros que no son suyos. Acto inicuo, que horroriza. Hecho malvado, que invalida para toda representación social á la autoridad que lo ha realizado. Proceder maldito que le quita moralmente ante toda persona honrada, no sólo su prestigio oficial, sino su propia significación entre los hombres decentes.

Ese usurpador, ese retenedor de lo que no es suyo, ese enemigo de los pobres, ese azote de la caridad, ese acaparador de los donativos piadosos, si hubiera vergüenza en la España hipócrita del presente, estaría ya procesado, condenado, arrastrando una cadena, cumpliendo en presidio el castigo que impone el Código á los malversadores, á los que cometen abuso de confianza y extralimitación de facultades, á los que se prevalecen de su posición social para expoliar á mansalva al prójimo en provecho de sus particulares conveniencias, para saciar sus instintos positivistas y corruptores.

Sí, el obispo de Cádiz es una autoridad abominable, á la que el mismo episcopado español debiera expulsar de su seno, porque es una vergüenza, un estigma deshonroso llamar obispo, pastor de una diócesis, prelado de la iglesia católica, á un usurpador de lo ajeno, al que persigue á los pobres; á una autoridad eclesiástica que consiente que miles de niños queden sin instrucción y miles de enfermos sin albergue, sin amparo y en la miseria, pereciendo por su causa, burlándose de la sagrada voluntad de un moribundo, despreciando la ley, disponiendo á su capricho de doscientos mil duros que no le pertenecen... ¡Qué obispo!...

En tanto que eso se dice de un obispo español, los demás se entretienen en escribir pastorelas contra la consagración de un colega protestante.

Así se guía el rebaño, así se educa la grey, así se da buen ejemplo.

Ya sé que están dentro de aquello del Evangelio: «No juzguéis á los demás si queréis no ser juzgados.» y no lo digo con intención pecaminosa; pero tampoco dejarían de estarlo, si, como Cristo, cogiesen el látigo y echasen fuera del templo á los mercaderes.

Pero, ¿quién me mete á dar consejos? Obispos de esta clase son los que necesito para demostrar lo que vengo predicando. La lástima es que no me salte un Calvo y Valero á cada paso.

¡Digo! ¡Y con lo bien que me excomulgó hace años, cuando ya tenía apandaditos esos metales! Es verdad que yo no le hice maldito el caso. Parece como que me daba ya en la nariz el olor á barraganía.

De todo lo cual se deduce que un obispo puede muy bien estar ahorcado dentro de su conciencia y excomulgado al verbo divino. ¡Qué misteriosos arcanos los de la fe! Vuelven tarumba á cualquiera.

VIVIR DE LIMOSNA

Los republicanos deberíamos besar donde pisan los monárquicos.

¿Por qué? Porque teniendo el poder, la fuerza, el dinero, y viéndonos tan decaídos, tan rebajados, nos tratan todavía con relativa consideración.

Si fueran de otro modo, nos exigirían que les diéramos la derecha en las aceras; que nos descubriésemos humildemente al pasar junto á ellos; que en los espectáculos públicos ocupáramos los sitios inferiores; que viajáramos en departamentos especiales; que usáramos trajes de telas y colores determinados; que fuésemos todas las mañanas á enterarnos de cómo habían pasado la noche y que de paso les limpiásemos las botas á fin de que nos diéramos lustre cuando nos las intercalaran en el texto; por último, que nos trataran como á raza inferior, como á esclavos, como á parias; que eso y más merecemos. Y á ver si entonces, al ruido de sus puntapiés, despertaba nuestra dignidad y nos decidíamos á cumplir con nuestro deber.

Podremos cerrar los ojos á la realidad, á intentar engañarnos; pero es lo cierto que hoy no representamos nada, ni influimos para nada en la vida de la nación. Los gobiernos, lo mismo conservadores que fusionistas, siguen su camino sin preocuparse de lo que podamos hacer; saben que no hemos de dispararles más que discursos y no se inquietan por los estragos de tales proyectiles.

Lo repito; no somos hoy nada, ni significamos nada. La estúpida disciplina á que hemos estado sometidos, nos ha trocado en borregos.

Dice un periódico católico que las fiestas del Pilar de Zaragoza prometen estar muy animadas, porque muchas personas y hasta varios prelados de los que van al Congreso católico, adelantan su viaje.

Más claro; que van á la vez á trabajar por la religión, y á echar una cana al aire disfrutando de los festejos.

Como si dijéramos: «á por atún y á ver al duque», como el arriero del cuento.

JUAN I (el Cazador)



Pasaba tales berrinches
cuando al campo no salía,
que por cazar, se ponía
en su alcoba á matar chinchés.

Afirma *El Siglo Futuro* que el clero es el más poderoso elemento de civilización de los pueblos, y *El Resumen* replica.

«En provecho suyo.
El clero estamos conformes en que ha ido siempre un siglo delante de cada época.

Pero en lugar de deberle los pueblos su progreso le debe por el contrario, su atraso.

En el siglo XVIII no creía en Dios y quemaba á los herejes.

En el XIX puebla las factorías y no las civiliza, pero las esquilda.

En Filipinas... ya se sabe.»

Damos la enhorabuena al colega que prueba con esa declaración que conoce al clero, y que aspira al honor más grande que puede alcanzar un periódico liberal: el de excomulgado.

Los prelados españoles meten prisa en Roma para que se beatifique al célebre padre Claret.

No pierda la esperanza el Sr. Calvo y Valero, obispo de Cádiz, de verse en un altar.

Aunque no devuelva los millones del legado.

La Reforma de Cáceres pregunta por 11.000 pesetas que el ayuntamiento de Coria entregó al anterior prelado hace tres años por la indemnización de la derruida ermita de San Antón.

¡Otro Tirteafuera tenemos! ¡un Calvo y Valero en miniatura!

¡La cosa marcha! ¡Satanás triunfa en toda la línea!... ¡Viva EL MOTIN, su gaceta oficial! ¡Vitar por los obispos citados y por el obispo Cabrera! ¡Que me traigan cualquiera de ellos!

MARTÍN (el Humano)



¡Cómo entonces andaría
el cargo de soberano,
que llamaban *el Humano*
al que estas cosas hacía!

UN DIPUTADO

¡Un diputado! Y bien, ¿quién le ha elegido?
¿El pueblo? No, por Dios. ¡Falsedad suma!
Paja vil, ha flotado en esa espuma
que levanta la quilla de un partido.

Volcar la débil urna ha conseguido
y en el censo meter su torpe pluma:
le votan Juan Sin-Miedo y Motezuma.
¡Hasta sus propios muertos ha movido!

Paga el ladrón y el pillo que claudica;
va el falsario á la cárcel maniatado,
y un correctivo al timador se aplica.

El político aquí, cuando es osado,
tima, defrauda, engaña, falsifica...
¡y después representa al pueblo honrado!

B. M. y P.

(De *El Baluarte*, de Sevilla.)

De Cartalla (Alicante) se han fugado 11.000 pesetas. Como á los fondos públicos les pasa hoy lo que á las novias enamoradas que nunca se fugan solas, los 11.000 del pico han desaparecido en compañía del recaudador de contribuciones.

Lo sensible del caso, no es que la Hacienda pierda ese pico, sino que por no ser habido el raptado, pierda la situación un funcionario tan digno de servirla.

Por falta de alimento murió un hombre en las inmediaciones del Canal.

Aquel día tomarían piadosamente las asociaciones religiosas en Madrid cinco ó seis mil duros.

Cantemos al Señor, que en las alturas... etc., etc.

SANCHO IV (el Bravo)



Siempre revólver en mano,
siempre blandiendo la espada,
allá en su regia morada
no dejaba un ratón sano.

Un gobernador conserva 'or, el Sr. Botella, prohibió en Valencia el rosario de la Aurora. El fusionista, Sr. Madrid-Dávila, no se atreve hoy á hacerlo.

¡Siempre igual! Los que pasan por liberales son más hipócritas y más c. bades con el clericalismo que los conservadores.

¡Qué desdicha esta de tener que admirar en los adversarios las cualidades de que blasonamos!

Nápoles, 30.—Escándalo convento.

Víctima de un ultraje

Silvia Palmieri. Presa superiora,

Sor Teresa Ferranti.

Esta y otras personas, pues de cómplices

también habla otro parte,

enseñar pretendieron á la joven

lo que hoy sin duda sabe:

que del alma son tres los enemigos,

y al intentar librarse

en el claustro del mundo y del demonio,

suele dar con la carne.

Dice *El Movimiento Católico* hablando del asunto de la moneda de Puerto Rico y de la querrela contra don Venancio:

«La verdad es que de todos esos negocios se desprende cierto tufillo desagradable, contra el cual no vemos otro recurso que el del agua de Colonia de los Tribunales de justicia.»

Conformes en un todo con *El Movimiento*. Pero ¿á que no lo está él con nosotros en lo de que se haga extensiva la medida al obispo de Cádiz por esos millones de que en otra parte hablamos?

Aquí lo de ver la paja en ojo ajeno y no la viga en el propio.

PEDRO III (el Grande)



Era de tal estatura
este monarca cristiano,
que no había cortesano
que alcanzase á su cintura.

La canción eterna.

Cuatro maestros de Caspe han cerrado sus escuelas por no pagársele lo que se les adeuda. La maestra de Muela ha hecho otro tanto.

Y después de todo ¿qué? Para ir por el camino que vamos, el de la degradación por el fanatismo, mientras más brutos mejor.

Que se lo pregunten á cualquier frailuco.

El exdiputado Sr. Rubaudonadeu se examinó hace pocos días de metafísica en la Universidad Central.

Y, como era de esperar siendo uno de los examinadores el carca Ortí Lara, salió calabacado.

Ya fuera del Tribunal, el Sr. Rubaudonadeu increpó al carca por su conducta intransigente, y le salió al quite un Sr. Viscasillas, no sé si neo también. Entonces nuestro amigo los desafió á discutir sobre metafísica en el Ateneo.

Con tal motivo la prensa reaccionaria ha pedido, ó poco menos, la cabeza del Sr. Rubaudonadeu, que es realmente reo de un crimen que no acostumbra á cometer: el crimen de candidez.

¿Cómo no pensó, antes de presentarse á examen, que lo hablan de reprobar, dados sus antecedentes políticos y religiosos?

Le recomendamos prudencia, mala intención, y mucha memoria, por si acaso.

ALFONSO XI (el Justiciero)



A sus vasallos les plugo
apodarse *el Justiciero*:
hoy á monarca tan fiero
se le llamaría verdugo.

EXPLOTACIÓN MÍSTICA

Apartar del vicio á la mujer que cae, acción loable es; mas cuando, á pretexto de salvar su alma se sigue explotando su cuerpo, ni eso es caridad ni merece otro nombre que el indicado en el título.

Innumerables son los Asilos que de pocos años acá se han fundado para redimir á las jóvenes seducidas, lo cual indica que la cosa produce. Y se comprende que produzca: las jóvenes sirven de pretexto para pedir y trabajan sólo por la comida.

En las casas de donde sacaron á esas infelices, explotaban su belleza; en las que ahora están, explotan sus músculos; el alma podrá haber sido redimida, pero el cuerpo ha continuado esclavo.

Después de las faenas domésticas y del tiempo empleado en oír misa, rezar, etc., las redimidas trabajan de un modo brutal; lavan, planchan, ó rizan albas, sobrepellices, roquetes, amitos, corporales, y demás ropas de iglesia; y de particulares, desde chambras y camisolinas, hasta enaguas, batas, cortinas, manteles; en fin, todo.

Y construyen además, desde ternos completos hasta cortinillas para el sagrario; desde casullas de 2.000 pesetas hasta fiadores de hilo á cincuenta céntimos; todas las ropas de iglesia.

Pero ¿qué más? ¡hasta hacen composturas en ropas usadas!

Y en tanto, por esos cuartos sin luz ni ventilación, hay millares de mujeres extenuadas y jóvenes anémicas que no encuentran trabajo porque todo lo acaparan en esos santos asilos, estableciendo una competencia imposible de sostener!

¡Oh! El negocio está bien pensado y mejor claveado. Mientras explotan á las redimidas, otras infelices, faltas de trabajo, y por consiguiente de pan, se ven arrastradas para no morir á cubrir las vacantes que aquellas dejan. Y así siempre hay carne fresca para las casas de prostitución y carne resistente para los asilos; y así viven y medran los asilos y las casas de prostitución. Las impuras quitan el pan á las puras, y éstas á su vez se hacen impuras para que no se altere ni interrumpa el turno pacífico de la desgracia.

Cangilones de noria, unas suben y otras bajan; al lupanar hoy, al asilo mañana. Y en ambas partes lo mismo: la carne en ejercicio. Sangre dada á la lujuria ó sangre dada á la industria, para el factor explotación, total igual.

En el lupanar á merced del primer vicioso que llega, y en el asilo á merced de la campana que regula la oración y el trabajo, ¿qué más les da? Nada de libertad; el libre albedrío muerto. En uno y otro punto, víctimas; del vicio allí, de la virtud acá. Carne de cañón siempre en la batalla humana.

¿Y el negocio de la salvación? ¡Bah! Eso es muy vago. En una religión donde basta un punto de contrición para salvarse, no debe desesperar nunca la prostituta. Al terminar un espasmo voluptuoso, puede con un ¡ay! salido del corazón entrar en el cielo. De la Magdalena perdida á la Magdalena salvada, sólo media un ¡ay! de esos, un poco de ungüento perfumado y unos hermosos cabellos que sirven de toalla.

Por lo tanto, el lupanar es un camino tan bueno como cualquiera otro para llegar al cielo. Aunque pequeño, con tal que se arrepientan, no hay cuidado. Llevarlas al asilo resulta, pues, inútil; en ocasiones hasta contraproducente. Si Cristo perdonó á la que había amado tanto, ¿por qué no había de perdonar á las que siguen amando mucho?

En el asilo rezan bastante y trabajan más. Antes, para ganar la bienaventuranza eterna, bastaba con rezar; hoy es preciso trabajar por añadidura. Hay que cavar la viña para vivir y salvarse. No pensaban así los santos del yermo. A nuevos tiempos, costumbres nuevas. Hasta en lo de ganar el cielo hay modas.

Y no es que yo censure que trabajen, no; el trabajo es para mí la única redención. Pero que trabajen para ellas, no para nadie. Cobrarles el portazgo para pasar al paraíso, me parece injusto.

Insistiré sobre esto. Hoy termino aplicando á esas desventuradas que no traten de averiguar jamás el destino que se da al dinero que producen. Podrían acaso tener remordimientos mañana, si al estallar la guerra civil que el clericalismo elabora, supiesen que sus padres ó sus hermanos habían muerto, y les asaltase la horrorosa idea de que la bala que destruyó su eráneo podía haber sido comprada con el producto de su trabajo.

CUADRO DE GÉNERO

La historia es sencillísima.

Dos hermanas vivían en una boardilla de la casa número 4 de la calle del Arco de Santa María, y no tenían que comer.

Una vecina, pobre también, enterada de que su

situación era tristísima á pesar de que habían ganado dos pleitos para entrar en posesión de la herencia de su padre adoptivo, las socorrió algo.

Llegó un día en que no tuvieron nada que comer ni ropas para presentarse en público.

¿Qué ocasión mejor para que la Providencia, por conducto de cualquiera asociación benéfica, se les hubiera aparecido? Pero nada, no se les apareció.

Quien lo hizo, fué un dependiente del juzgado municipal con una papeleta de citación extendida á instancia del honorable casero (que acaso pertenezca á la sociedad de *Padres de familia*), para que le pagasen lo que le adeudaban.

Francisca, una de las hermanas, se cubrió como pudo las carnes, y dejando á su hermana Josefa moribunda, corrió al juicio. La ley es la ley.

Fuó condenada, como es de suponer, y al regresar á su casa sin saber donde irían á morir las dos, se encontró con que su hermana, con muy buen sentido, había presentado á S. M. el hambre la dimisión de la existencia, y que le había sido aceptada en el acto.

¿Lloró, rezó, maldijo? Se ignora. Lo único que se sabe es que el cadáver fué envuelto en unas ropas que facilitó la portera, y conducido al cementerio en el furgón municipal.

¡Hermosa situación la de la otra, la del cadáver que anda!... Situación de pesadilla... Hambrienta, desnuda... Un alguacil, un juez, un casero... La hermana muerta y tirada en el carro de la basura humana... ¡Vengan trágicos aquí!

Indudablemente es un crimen quitar á los pobres su Dios. ¡El Dios que ve impasible esos dolores supremos, esas angustias terribles!...

Pero, ¿qué estoy diciendo? Creo que blasfemo. La Providencia existe, sólo que en los actuales momentos apenas le queda tiempo para proteger á frailes, monjas y hermanas que acaparan todo lo que da la caridad para construir soberbias moradas y almacenar víveres que el trabajo ajeno les proporciona.

CONFIANZA PELIGROSA

El padre está en el cuartel, la madre en el templo orando, en casa el niño jugando y un asistente con él.

Mas éste por desventura también de casa se aleja; sin mirar que sola deja á la tierna criatura.

El niño en inquieto juego por ver la llama que brilla mete un papel en la hornilla lo enciende, se extiende el fuego, y prendiendo en sus vestidos en hoguera los convierte donde halla horrorosa muerte lanzando horribles gemidos.

Gemidos que lleva el viento mezclados en confusión de la piadosa oración con el fervoroso acento,

puesto que en la propia hora que muere abrasado el hijo la madre reza, y de hijo es por él por quien implora.

Mientras para él, en Maria busca gracia con los tropos de los místicos piropos que forma la letanía, en el bogar que ha dejado tranquila como creyente, sufre aquel niño inocente tormentos de condenado.

Cuando con la santa calma de la devoción cumplida, á su regreso, sin vida halla al hijo de su alma, de su piadoso fervor tal vez la madre reniega, y el remordimiento llega á gritarle en su dolor:

Que se debe confiar más en el propio desvelo que en el amparo del cielo, pues éste... suele faltar.

NO, NO HAY COMPETENCIA

Leo en *El Siglo Futuro*:

«Porque aquí, por artes de todos los gobiernos y partidos liberales existentes, el número de pobres va siendo tan considerable, que pronto y al pa-o que van las cosas, nadie va á determinarse á pedir limosna.

Por miedo á la competencia.»

Hablar de la sogá en casa del ahorcado llama *El Resumen* á lo que el periódico integrista dice, y á fe que le sobra razón. ¿Cómo se atreve *El Siglo* á hablar de competencias en el terreno de la caridad, cuando todo el dinero de los fieles va pasando lentamente á poder de frailes y hermanas y hermanucos de todas clases, colores é insectos?

El saqueo que actualmente se lleva á cabo en toda España, asustaría si pudiera lijarse con exactitud. Entre donativos en metálico y en especie, limosnas, ritas, venta de escapularios y medallas, derechos por misas y fiestas religiosas, misiones, etc., etc., amén de las mandas escandalosas que á lo mejor obtienen, toda la vida de España se va reconcentrando en los conventos.

Mientras los pobres obreros se ven á lo mejor desahuciados de sus miserables viviendas, para diez ó doce hombres improductivos se construyen soberbios edificios que dan testimonio de nuestro atraso moral é intelectual y de nuestra falta de previsión, pues de ellos saldrá la guerra que asolará pronto á España.

¿Que nadie se atreva pronto á pedir limosna? ¿Qué ha de atreverse, cuando hay quien ofrece por ella nada menos que el cielo? El pobre que únicamente puede alegar su hambre para pedirla, ¿cómo es posible que pueda hacer competencia al que obliga á intervenir á todos los santos ¡y cuidado si hay! para que le ayuden á conmover á la persona caritativa?

Aparte de que el miedo es explotado por esos benditos... El usurero, el ladrón, la prostituta, hasta el concejal que al llegar la hora postrera se arrepienten porque ya no pueden seguir haciendo de las suyas, son presa de un miedo cervical. Llega en aquel momento el fraile ó la hermana; le pintan á un Dios misericordioso que perdona todos los crímenes, y entonces, convencidos de que no pueden llevarse lo que adquirieron por artes punibles, se lo dan á los servidores de la Iglesia para que les abran con tal ganancia las puertas del cielo. Ellos lo toman santamente á título de limosna, y ya tienen asegurado un porvenir de regüeldos.

Por todo lo dicho, y algo más que diré, no hay competencia posible en la industria de pedir limosna. Los frailes deberían llevar un letrero en la frente, que dijera: *Con nosotros no hay competencia.*

Un honrado y conocido industrial de Burgos, D. Pedro Antolín, ofreció á uno de sus clientes que dos de sus hijos, de catorce años el varón y de doce la hembra, acudirían al que la señora de aquél iba á dar á luz; y efectivamente, el día 30 del pasado se presentaron todos en la iglesia de San Nicolás.

El cura Anselmo, tomando por pretexto que no había visto á los aspirantes á padrinos ni á sus padres en la iglesia durante los siete años que los conocía, se negó á admitirlos á la ceremonia bautismal, dando con esta intransigencia estúpida el consiguiente disgusto á todas aquellas buenas gentes que creen aún que eso del bautizo sirve para algo.

De tal manera abusan de su ministerio los benditos siervos de Dios, que van á apartar de la Iglesia aun á los más fervorosos creyentes; hasta es posible que consigan que me aparte yo, que, como es público y notorio, guardo incólume en mi pecho los tesoros de fe que nos legaron nuestros mayores.

Conque ojo, ó me borro de la comunión.

¿Qué tiempos los actuales! Las instituciones seculares caen sin protesta.

En Barcelona había la de los gatos místicos, digámoslo así. Todos los que estorbaban en las casas llevábanse á la catedral donde vivían como canónigos.

Pero sin duda los animalitos, contagiados del espíritu del siglo, ó por el ejemplo de los sacristanes y monagos, se tomaban ciertas libertades con detrimento de la limpieza de los altares, y han sido condenados á perpetuo destierro.

Tal vez, además de esta causa, haya influido en la determinación de expulsar de la catedral á los gatos, el convencimiento de que son inútiles contra las ratas piadosas que tantos estragos causan en los templos, según vemos por las frecuentes noticias de robos verificados en ellas.

BIBLIOGRAFIA

Un *Diccionario de Electricidad y Magnetismo* completo, y en lengua castellana, era de suma necesidad para España.

Los Sres. Bailly-Baillière é Hijos emprendieron hace algunos meses la publicación, por entregas, del *Diccionario de Electricidad y Magnetismo* de Lefèvre, y hoy ya está terminado. Tenemos el gusto de recomendarlo muy eficazmente á nuestros lectores, pues es una verdadera enciclopedia eléctrica, que contiene cuantos datos se puedan necesitar. Forma un tomo de más de 1.000 páginas y 1.126 grabados intercalados en el texto.

Debida á la pluma de D. Emilio Gante se ha publicado una blen- escrita é interesante novela titulada *El Último Romance*: se vende al precio de tres pesetas en las principales librerías.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.